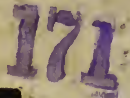
30

i29530702





ROMANCE NUEVO, EN QUE SE DA NOTICIA DEL castigo, que Dios nuestro Señor executó con dos hijos malvados, que sacaron à su padre à un monte, y lo maniataron, para que se lo comieran las fieras.

DEsquadernense los exes
de ese tachonado velo,
vistan luto las Estrellas,
nieguen su luz los Luceros,
cubranse de horror los Astros,
oculte el Sol sus reflexos,
la Luna eclipse sus rayos,
y todos los Elementos
nieguen su benevolencia:
torbellinos sea el viento,
el agua montes de espuma,
voraz destruidor el fuego,
y en terremotos la tierra
dé muestras de sentimiento:
llore mares la obediencia,
vierta arroyos el respeto,
al verse tan abatido
con ultrage tan funesto.
Y porque pueda mi voz
referir para escarmiento
á tì (ó cenizoso mundo !)
à tí de malicias seno,
á tì, que tan abatido,
tù mismo la causa siendo,
por tus delitos te miro,
el mas estraño suceso,
la mayor ingratitud,
que cabe en humanos pechos,
que enternece los diamantes,
y los peñascos mas fieros,
el castigo de esta infamia.
A la Emperatriz del Cielo,
MARIA pido me guie,
y al Patriarca Supremo,

su

su digno Esposo Josef,
como unico Medianero,
en el admirable caso,
que referiros pretendo,
suplico sean mi norte,
con cuyo favor empiezo.
En el Reyno de Galicia,
en una Ciudad, que quiero
dexar en blanco su nombre
por politicos respetos,
è inconvenientes, que aqui
deben pasarse en silencio,
vivia un hombre, à quien diò
bienes de fortuna el Cielo,
gozando de sus riquezas
con paz, quietud, y sosiego,
sin el afan de codicia,
ni el desvelo de avariento,
que es el enemigo, que
hace hidropicos sedientos
por turbarles la quietud
à los que se vèn con medios.
Era viudo, y muy prudente,
y mirandose muy viejo,
quiso apartarse del mundo,
y entregarse todo al Cielo:
y llamando cariñoso
à dos hijos ya mancebos,
que tenia, les habló
con amorosos consejos,
y les dixo de esta suerte:
Ya mirais, hijos, que el tiempo
como muy cercano en mì,
debil y flaco me ha puesto:
Y yà, veis, que como no haya
en mis ombros à su peso
resistencia, por instantes
va arruinando este cimiento;
y asi, pues, que ya crecidos
os vè mi conocimiento,
y aptos à tomar estado,
como anciano os aconsejo,
y como padre os lo mando,
lo executeis, hijos, presto,
pero sin perder un punto
de vuestra sangre, y respetos;
y pues, yà como os he dicho,
tan fatigado me veo,
quiero hallar en vuestros ombros
descanso, alivio, y consuelo;
y puesto que de la hacienda
veis, que yo cuydar no puedo,
igualmente os la partid,
y otro cuidado no os dexo,
mas de que me mantengais
con un buen decente medio;
y libre ya de este cargo,
dè ¡à mi alma todo el tiempo
que me restàre vivir,
que una semana comiendo
en casa del uno, y otra
en la del otro hijo, espero
pasar gozoso, y alegre,
sin fatiga, ni desvelo.
Con sumo gusto los hijos
à su padre respondieron,
admitiendo la propuesta:
y asi los dos dispusieron
dentro de muy breves dias
tomar estado contentos.
Casaronse, y à su Padre
quatro meses mantuvieron,
y yá (fiera tirania!)
cansados (rigor severo!)
de (villana ingratitud!)
su padre (qué aleves fueron!)
repugnaban el sufrirlo,
sentian el alimento,
les enfadaba su vista.
y les era ya molesto.
Un dia, pues los dos hijos
en unas viñas se vieron, y

y como la soledad
es de maldades aliento,
á murmurar empezaron
de su pobre padre viejo.
Uno decia, que yá
le era enfadoso su aspecto,
y el otro que se cansaba
de verlo tan sin provecho;
y haviendose convenido,
hicieron los dos concierto
de quitar (me ahoga la pena!)
la vida à su padre mesmo,
sacandolo una mañana
al mismo campo, fingiendo,
que querian divertirlo,
y atado en lo mas espeso
à un arbol, donde muriera
de hambre, y de fieras deshecho:
y sin temer la Justicia
de Dios ambos lo hicieron,
y sacando al otro dia
á su triste padre (ah Cielos!)
como que iba à una viña,
en el monte lo metieron,
y diciendo el uno al otro:
Quitèmonos este peso
de encima, atemósle à un arbol,
donde los Osos sangrientos
lo despedacen, y hagan
breves atomos su cuerpo:
lo executaron asi,
sin ablandarlos su ruego,
sus lagrimas, su dolor,
su lastima, ni preceptos.
Nunca gentiles Anales
caso como este escrivieron:
hasta las peñas lo sientan,
sientalo hasta el mismo Cielo:
sientalo el mas duro marmol;
sientalo el bronce mas fiero;
tiemble al escuchar la tierra
tan barbaro y vil suceso,
rasgue sus duras entrañas,
sepulte en su oscuro centro
hombres mas fieros que fieras,
fieras de tan fuertes pechos,
pechos que nieguen su sèr,
sèr que se agravia à si mesmo.
Porque, què barbara fiera,
què hombre con conocimiento,
què pecho con corazon,
què corazon con aliento,
què aliento con vida humana,
què vida con sentimiento
no se ablandan de mirar
llorar à su padre mesmo?
Quitar intentan la vida
à quien les diò el ser primero.
A su padre martirizan:
solo de decirlo tiemblo!
Viendo el padre la dureza,
les decia: Hijos, què he hecho
yo, que me ajais de esta suerte?
si lo haceis, porque avarientos,
darme de comer os duele,
en la Ciudad hay Conventos,
que me daràn un bocado;
pero ellos à todo esto
se reìan, y mofaban.
Y buelto en rigor el ruego
pedia al Cielo Justicia
contra hijos tan protervos;
y bolviendo uno la cara;
dixo al otro: Què sangrientos
que tiene Padre los ojos!
parecen de un Oso fiero.
Oso, repitiò su padre,
te buelva el Cielo al momento.
Oyò Dios su maldicion,
y al instante (què portento!)
al punto) què maravilla!)
se halló (admirable suceso!)

mudada su forma en Oso
horrible, espantoso, y fiero;
esto es, de cintura arriba;
las orejas de jumento,
largos muy mucho los dientes,
los colmillos sin concierto,
mas que de Javalì agudos;
y la otra mitad del cuerpo
como de espantosa Sierpe;
unos pies que ponen miedo,
como de tyrana Harpía,
la cola azotaba el viento,
larga tres varas y media,
la selva toda aturdiendo
con espantosos ahullidos,
se deshacìa à si mesmo,
se rebolcaba en la tierra;
y con gran rabia mordiendo
los arboles, los echaba
hechos astillas al suelo.
Bolvióse à aquel triste hermano,
que yá de temores lleno,
ni se atrevía à mover,
nì andar podia de miedo,
y con su osada fiereza
le hizo atomos tan pequeños,
que en breve rato fué polvo,
y ceniza por el viento.
Miró á su padre, y qual lobo,
que embiste hambriento al cordero,
vibrando rayos los ojos,
fuè tambien à deshacerlo;
pero el anciano afligido
empezó à pedir remedio
al gran Patriarca Josef,
à quien con devoto zelo
havia toda su vida
pedido, que en el postrero
lance le diera socorro,
y los Santos Sacramentos.
No le desamparó el Santo,
porque se lo quitò luego
de su vista á aquel mal hijo,
y por la region del viento
lo puso en medio la plaza
de la Ciudad, desde el puesto
donde havia estado atado
en el monte, y refiriendo
lo lastimoso del caso,
muchas personas salieron
al monte á desengañarse,
donde aquel mal hijo vieron,
que cruzando por la selva
andava qual Leon sangriento.
Ea, mortales, ya veis
el castigo que dá el Cielo
à quien pierde la obediencia
à su padre, y el respeto;
y pues vemos cada dia,
por el contrario los premios
que dà al hijo que es humilde,
y à sus mayores atento;
reverenciad à los padres,
amadlos como hijos buenos;
porque es clara consequencia,
que no tiene al Cielo miedo,
quien no respeta à su padre.
No querais ser avarientos,
que si al padre le dais uno,
os darà Dios à vos ciento.
Y sino temed, temed
su ira, y rigor, que es cierto.
no puede parar en bien
el hijo falso, y perverso.
Sèd constantes, y devotos,
del gran Patriarca excelso
Josef, para que nos libre
de mal, de penas, y riesgos,
y el Cielo nos de su gracia
por tan poderoso medio.

F I N.